

La oración en la vida Cristiana

Juan María Uriarte

[Textos seleccionados del libro de Juan María Uriarte, *La oración en la vida del presbítero*, ed. Sal Terrae, Maliaño (Cantabria), 2017]

I. Orar como cristianos

Las debilidades de nuestra vida orante

La enumeración y descripción que voy a ofrecer ahora no pretende en modo alguno provocar un desaliento que robe a nadie la moral. Son claves válidas sobre todo para un cierto grupo de sacerdotes y seminaristas, aunque creo que algunas de ellas pueden ser útiles para todos. No todas estas deficiencias son igualmente frecuentes. Anote cada uno las suyas.

A pesar del riesgo de desánimo, me he decidido a exponerlas por ser sincero y honesto y porque, al tiempo que las delato, insinúo vías de solución.

a) *Las posibles deficiencias de la oración particular*

A veces puede faltarle una *estructura sistemática mínima*. Nada serio que hagamos se deja al azar, a lo que salga. Al Espíritu Santo, que inspira y guía nuestra oración, no podemos encajonarle. Él es Señor, como dice el símbolo de Nicea. Pero una cierta estructura es signo de que nos tomamos en serio nuestra oración particular y su acción divina en nosotros. Tenemos una estructura (es decir, una metodología) para estudiar, para dirigir una reunión, para preparar una charla. Incluso para nuestro aseo personal. Nuestra oración particular ha de tener una mínima estructura: petición al Espíritu Santo; lectura pausada y repetida de un pasaje de la Escritura; respuesta personal a esta palabra de Dios gustándola, agradeciendo, pidiendo perdón, expresándole nuestra confianza en él, demandándole sus gracias, prometiéndole algo concreto, encomendando a nuestra comunidad, a nuestros seres queridos, a los destinatarios de nuestra pastoral...

Una segunda deficiencia posible es la *falta de punch*, de garra. René Voillaume recoge en su libro, ya antiguo pero actual, *En el corazón de las masas*, más o menos este pensamiento: muchos tenemos la impresión de «vivir a tope» cuando servimos, ayudamos o exponemos nuestra fe ante otros; pero cuando entramos en la oscuridad y soledad de la oración, no tenemos esa impresión. Es como un tiempo vivido a medias, sin garra. Menos plenamente vivido que el tiempo de estudio, de diálogo, de diversión. Se nos agolpan las preocupaciones, que parecen aprovecharse de este espacio psíquico medio vacío para reclamar nuestra atención. Parecen esas moscas pegajosas del verano que tenemos que estar espantando continuamente, porque vuelven con una insistencia desesperante. Hemos de hacer lo que esté en nuestra mano para «vivir a tope» siquiera algunos momentos de nuestra oración particular y pedir al Espíritu la gracia de que la oración se nos haga connatural, familiar. Porque «vivir a tope» nuestra oración es una gracia del Espíritu que, como dice san Agustín, es preciso *suppliciter emereri*, merecerla con nuestra petición reiterada.

Una tercera deficiencia posible y frecuente consiste, precisamente, en que no tenemos esa conciencia sentida de que *la oración es un don*. No es una proeza del espíritu humano; es un regalo del Espíritu divino. San Pablo llega a decirnos que «el Espíritu ora en nosotros y nos impulsa a decir: *Abbá, Padre*» (Gal 4,6; Rom 8,14-17). Naturalmente, el Espíritu no ora, porque es Dios como el Padre y el Hijo. Pero él es el Dios inmanente que, desde dentro, inspira y anima nuestra oración. Si no tomamos conciencia de su presencia activa y no recurrimos frecuentemente a él en el decurso de la oración, poco progresaremos. La oración no es fruto de nuestro voluntarismo obstinado, sino un regalo de la gracia.

Esta afirmación no está en contradicción con las deficiencias primera y segunda recién apuntadas. El Espíritu ora con nosotros. *Gratia Dei mecum*. La gracia es el sujeto, en nominativo; yo soy el complemento circunstancial, en ablativo. Es muy aplicable a la oración lo que Balmes dice de la inspiración filosófica o poética: «La inspiración no es hija del discurso, pero no recae sobre los negligentes».

Una cuarta deficiencia posible consiste en que con frecuencia en nuestra oración particular hay *poca contemplación y mucha ética*. Más que mirar a Dios, a Jesús, a su palabra, a su presencia eucarística, a su mensaje contenido en los acontecimientos, nos miramos a nosotros mismos y, además, con conciencia de culpa («He fallado en esto, en esto y en esto»). Este es un ejercicio que debemos hacer en la oración. Pero es más importante, y debe ser más frecuente, la mirada al Señor: escrutar su palabra para entender lo que él nos dice hoy y aquí; escrutar lo que nos ha sucedido o hemos vivido para descubrir lo que él nos quiere decir a través de lo que nos pasa; escrutar nuestras relaciones con las personas que nos rodean para acostumbrarnos a aprender de ellas y conocer lo que el Señor nos quiere decir a través de ellas, escrutar los acontecimientos y sucesos de cada día para detectar el llamamiento divino que comportan.

Una quinta deficiencia de la que se resiente a menudo nuestra vida orante es la *falta de estabilidad*. Tal vez fases de permanencia fiel en la oración se alternan con otras en las que, sin motivo justificado, se altera notablemente dicha permanencia. El ritmo diario, semanal, mensual, anual trazado en la dirección espiritual debe ser revisado y cumplido, salvo en situaciones excepcionales de imposibilidad. «Permanentes en la oración» es el título de un capítulo del libro de René Voillaume anteriormente citado.

Una sexta deficiencia posible es la *duración excesivamente corta* de nuestra oración particular. Antes de llegar a la «velocidad de crucero» entra en funcionamiento el «tren de aterrizaje». Los humanos necesitamos tiempo para pasar de otras actividades y diálogos a una oración de hondura. Este tiempo es, frecuentemente, exiguo. No permite «tomar altura».

Una séptima deficiencia puede consistir en la escasa influencia que la oración ejerce sobre el *comportamiento vital* del orante. En el límite, oración y comportamiento son dos compartimentos estancos con pobre relación entre sí. Ni la oración modifica apenas el comportamiento ni el comportamiento me prepara para orar mejor. He aquí un signo infalible de que algo grave falla en nuestra oración. Hay que detectar este fallo en la dirección espiritual.

Esta deficiencia es de todos los tiempos. Pero las actuales generaciones, si bien por un lado buscan más la oración que las inmediatamente anteriores, son, por otro lado, más propensas a esta desconexión entre oración y vida. Están impregnadas del fenómeno actual de la «civilización del fragmento». Para esta

civilización, la vida tiende a concebirse no como un todo coherente y continuo, sino como un conjunto deshilvanado de episodios que no tienen por qué guardar entre sí una coherencia. En el límite (y subrayo el límite) se puede asistir a una celebración con sotana y roquete por la mañana y aterrizar por la noche en una sala de fiestas con una camisa de flores.

Repito que es un caso extremo. Una civilización no destruye del todo la necesidad de coherencia del ser humano ni suprime el sentimiento de culpabilidad que nos denuncia esta incoherencia. Pero no cabe duda de que la «civilización del fragmento» atenúa la exigencia de coherencia y mitiga el sentimiento de culpabilidad por la incoherencia.

II. Estimar la oración

La aproximación de Gabriel Marcel

Gabriel Marcel es un filósofo cristiano de la posguerra europea. En una de sus obras condensa en una frase un esbozo, incompleto pero estimulador, de lo que es la oración cristiana. Estas son sus palabras: «Oración es apertura del yo al tú infinito en comunidad». Es una cuasidefinición sustancialmente incompleta (no hay en ella alusión a Cristo, el gran y único Mediador, ni al Espíritu, que mueve nuestro interior cuando oramos de verdad), pero es sugestiva e interpeladora.

En cualquier caso, ninguna definición de los autores espirituales es perfecta. También en la oración se realiza el criterio de otro filósofo, Edmund Husserl: «Lo vivido es siempre más rico que lo formulado». La oración vivida es más rica, desborda la definición de la oración. Los santos solamente se han aproximado a describir la oración. Recordemos la descripción de santa Teresa de Ávila: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama». Federico Ruiz Salvador recoge, en su libro *Caminos del Espíritu*, siete descripciones condensadas de la oración de otros tantos santos doctores de la Iglesia, todas ellas válidas e incompletas.

Pero vayamos al texto de Gabriel Marcel.

– Oración es *apertura*. Orar es abrirse. Abrirse es una condición específicamente humana. Karl Rahner, un gigante de la teología del siglo XX, sostiene que el ser humano es el único que, al abrirse, lejos de desencuadrarse y perder identidad, se enriquece, se fortalece, se unifica interiormente como sujeto. La persona que no se abre a otros y no se abre plenamente a alguien humano como ella se empobrece como persona.

Oración es *apertura del yo*: en la oración se trata de algo más que de abrir mis ideas, mis reflexiones, mis convicciones, mis sentimientos periféricos. Se trata de abrir mi propia persona. Yo, con mis ideales y mis frustraciones, mis seguridades y mis complejos, mis avances espirituales y mis pecados, mis anhelos y mis incoherencias. Yo. Muchas veces nuestra oración es lánguida porque no hay sujeto que escuche, que pregunte, que se lamente, que vibre, que presente sus inquietudes. No metemos nuestro yo en el salmo que rezamos. No hago *mías* las oraciones de la Biblia. Estamos en el mundo del «se» más que en el mundo del «yo». «Se» ora, se sigue la corriente, más que «yo oro». Habría que ir a orar con la actitud de aquel canto: «Soy yo, soy yo, soy yo, Señor, quien contigo quiere hablar».

– Oración es *apertura del yo al Tú infinito*. En la oración no nos abrimos primariamente al mensaje o al programa de Jesucristo, a la ética de Jesucristo.

Nos abrimos a una persona y, a través de ella, a estas otras realidades. La oración es apertura, es decir, entrega confiada a la persona de Dios Padre presente en Jesucristo y actualizada e interiorizada por el Espíritu Santo.

Orar es abrirse... *en comunidad*. En el pensamiento de Marcel esta expresión no quiere decir que no sea cristiana la oración particular. No solo la oración realizada en comunidad es oración. Pero los demás deben siempre estar intencionalmente presentes en mi oración, incluso en la más individual. Un himno de la liturgia de las horas en castellano recoge admirablemente este pensamiento:

«Allí donde va un cristiano
no hay soledad, sino amor,
pues lleva toda la Iglesia
dentro de su corazón
y dice siempre “nosotros”,
incluso si dice “yo”».

Todo el himno es precioso. Dice así:

«Padre nuestro,
Padre de todos,
líbrame del orgullo
de estar solo.
No vengo a la soledad
cuando vengo a la oración,
pues sé que, estando contigo,
con mis hermanos estoy;
y sé que, estando con ellos,
tú estás en medio, Señor.
No he venido a refugiarme
dentro de tu torreón,
como quien huye a un exilio
de aristocracia interior,
pues vine huyendo del ruido,
pero de los hombres no».

Y a continuación, la estrofa citada al principio.

Orar porque Dios es Dios

El motivo fundamental de nuestra oración cristiana es este: *Dios es Dios*. Nada menos que Dios. Oramos porque Dios es Dios y para que siga siéndolo cada vez más en nuestra vida. El motivo primario de nuestra oración no es nuestra fragilidad, nuestra caducidad, nuestra necesidad de él y de su misericordia y perdón. Naturalmente, estos son motivos muy importantes, pero no son *el* motivo. No oramos primariamente porque Dios sea una palanca útil para mover el mundo (sería una oración utilitarista) ni porque Dios sea un analgésico para nuestras penas, como un paracetamol o un Nolotil divino (sería una oración narcisista). Cuando oramos, no buscamos en Dios el doble de nuestra propia intimidad. Sería una oración fusional, adolescente. Oramos ante todo porque Dios es el primer valor de nuestra vida. Oramos porque Dios es *real* (y no un híbrido entre un ser real y un ser imaginario) y para que sea cada día más real para nosotros. Cuando, dejando actividades en que estamos implicados y relaciones que nos son gratas, entramos en la ardiente oscuridad de la oración, estamos mostrando que él es más importante que todos nuestros proyectos y todas

nuestras relaciones. «Elegimos a Dios», como dice el padre Bro en su pequeña obra *Orar*.

Mircea Eliade, gran historiador y fenomenólogo de las religiones, en un pequeño libro, portento de sabiduría y síntesis (*Lo sagrado y lo profano*), establece una comparación entre el hombre antiguo y el hombre moderno desde el punto de vista religioso. Para el hombre antiguo, Dios era un ser más cercano y más real que las cosechas, los bosques, los ríos, la tribu, el clan. En cambio, el hombre moderno tiene dificultad para percibir y sentir a Dios como *real*. El hombre y la mujer religiosos han gemido siempre en el interior de esta tiniebla, queriendo palpar de alguna manera a Dios. San Anselmo, una de las grandes personalidades teológicas y espirituales del siglo XI, monje y arzobispo de Canterbury, introdujo en una de sus obras una oración que se titula «¿Dónde te buscaré?» y dice así:

«Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré estando ausente? Si estás en todas partes, ¿cómo no descubro tu presencia? Ciertamente es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor Dios mío, no conozco tu rostro. Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca, porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré; te desearé buscando; amando te hallaré y encontrándote te amaré».

Hoy la pregunta de san Anselmo se ha vuelto más lacerante y más radical. No se demanda «¿Dónde estás?», sino «¿Estás en alguna parte? Al otro lado del hilo ¿estás tú o está mi estúpido rostro agrandado por mi imaginación y por mis sueños?».

«Si he de juzgar por mí mismo –decía Pierre Teilhard de Chardin, gran creyente místico–, la gran tentación del mundo presente y futuro va a consistir en encontrar el mundo de la naturaleza, de la ciencia, de la técnica, del arte, de la economía más vivo y más fascinante que el Dios de la Escritura».

Otro gran creyente, laico, filósofo, Maurice Blondel, escribió en su diario íntimo: «Tú me haces experimentar, Señor, la oscuridad de tus caminos, la incertidumbre acerca de tu revelación y –apenas me atrevo a decirlo– de tu existencia misma. Bendito seas por ello. Así me librarás de vivir en una falsa luz y me harás comprender mejor a los que viven en la sombra de la increencia».

La oración es, junto con la dedicación a los pobres, un espacio en el que, por la acción del Espíritu, puede ir haciéndonos Dios más real, más cercano, más interpelador y consolador. No nos faltarán en ella días y temporadas de desolación, de no sentir nada, de tener la tentación de pensar que todo es «una película que me cuento a mí mismo, que nos vamos contando unos a otros». Pero tampoco faltarán días o momentos que serán para nosotros una experiencia creyente, como una luz encendida, como un yacimiento rico que evocaremos en momentos o fases de oscuridad. Los santos han vivido estas fases de tinieblas y en ellas se han sentido iluminados por experiencias creyentes, momentos fuertes del pasado en los que Dios se les había desvelado de manera incompleta, pero indubitable. Y esto les ha mantenido en las noches interiores y en las dolorosas pruebas exteriores.

Orar desde la fe

Esta expresión significa que la oración es fruto del árbol de la fe y, al mismo tiempo, alimenta y robustece la fe del orante. La oración es teologal, es decir, está emparentada con las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor.

Dos consecuencias prácticas queremos extraer de esta estrechísima relación entre la fe y la oración.

La primera es que si la oración es fruto de la fe y esta es, como nos enseña la teología, «esencialmente oscura», nuestra oración tendrá que participar también de la oscuridad de esa fe de la que nace. La fe es siempre esencialmente oscura, aunque no *totalmente* oscura. Lo fue en los grandes creyentes: Abrahán, Moisés, María. Lo es en nuestra vida.

Gilbert Greshake, en su libro *Ser sacerdote hoy*, escribe: «En la oración el creyente no experimenta solo la cercanía de Dios, sino también su aparente ausencia y su carácter misterioso. Es decir: toda la oscuridad y todo el peso que acompañan a la fe. Dios no es un ídolo al que podemos evocar en la plegaria para nuestra autosatisfacción espiritual. Dios es el Totalmente Otro (*der ganz Andere*). La oración no sacia nuestra sed de plenitud, sino que más bien la aumenta».

La segunda consecuencia completa y contrapesa la primera. La Escritura y la teología que nace de ella nos afirman que la fe es *semilla* de la visión beatífica. La visión beatífica es el contenido de la vida eterna: ver a Dios, a Jesús, al Espíritu Santo, cara a cara; vivir en familiar, dichosa y perpetua compañía con la Trinidad y con todos los que hemos querido. *Videbimus, amabimus, gaudebimus*, dirá san Agustín: lo veremos, lo amaremos, gozaremos de su presencia.

Toda semilla contiene virtualmente la planta que se desarrollará a partir de ella. Más aún: la semilla lleva en sí una dinámica que la conduce a desplegarse. La fe es una semilla así; una semilla de la visión beatífica que nos espera. A medida que se va desplegando, va emitiendo destellos de aquella visión beatífica. Va haciéndonos entender y gustar, siquiera parcialmente, los misterios de nuestra fe; va consolándonos por ellos.

Estoy persuadido de que la experiencia orante de muchos de nosotros sería más luminosa y más gozosa si nos pusiéramos «a tiro de Dios» cuando oramos, cuando servimos, cuando trabajamos. «A tiro de Dios», es decir, disponibles para escuchar lo que él quiere de nosotros. Hay oscuridades en nuestra vida orante que no dependen de la congénita oscuridad de la fe, sino de nuestra lejanía de Dios, de nuestra pereza para buscarle en la plegaria y en la vida, de la superficialidad con la que lo buscamos, de la niebla espesa producida por nuestros pecados. San Agustín, en sus *Confesiones*, escribe una página admirable, en la que ora así: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro de mí, pero yo estaba fuera de mí... Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti las cosas que tú creaste. Pero un día brillaste y resplandeciste, y deshiciste mi ceguera. Gritaste y deshiciste mi sordera. Exhalaste tu perfume y lo aspiré deseándote. Gusté de ti y ahora siento hambre y sed de ti. Me tocaste y me encendiste en tu paz». Sé, por experiencia propia y de otros muchos, que Dios, que Jesús, se comunica a los que le esperan y le buscan. Pero para algunos, al parecer, «ni está ni se le espera».

Eso sí: a Dios lo vemos siempre de espaldas, como Moisés (Ex 33,18-23) cuando le dice a Yahvé: «Quiero ver tu rostro». Estamos en el régimen de la palabra, mucho más que en el de la visión (2 Pe 1,19). Pero la oración no tocada por la experiencia, por el gozo, por el estar a gusto, siquiera en ocasiones, se convierte en pura reflexión, por la que dialogamos con nosotros mismos, o en puro voluntarismo extenuante, que deja el corazón reseco. La oración es asunto del corazón, entendido en sentido bíblico: fuente de nuestras opciones y de nuestros deseos y sentimientos.

Orar desde la esperanza

Como hemos apuntado más arriba, la oración, como el apostolado y el servicio a los pobres, es una actividad teológica, es decir, fruto y estímulo de las virtudes teológicas. Una de ellas es la esperanza.

Hay una formulación de esta verdad, hecha por el teólogo Edward Schillebeeckx, que resulta muy iluminadora: «El que espera, ora; el que no ora, no espera». Tiene mucha razón. Santo Tomás, en la *Summa Theologiae*, lo explica admirablemente. Porque el que no ora o bien se siente autosuficiente, y por ello no experimenta la necesidad de orar (en esto consiste la presunción), o bien piensa que es imposible obtener lo que desea y necesita (y en esto consiste la desesperación o la desesesperanza). El que tiene esperanza cree que es posible lo que desea y, al mismo tiempo, cree que no puede procurárselo solo ni principalmente con su propio esfuerzo o ingenio. Por eso *ora*. La oración, pues, nace en el hueco entre la presunción y la desesesperanza. Este es el hueco en el que anida la esperanza cristiana.

Pero la oración no es solo fruto de la esperanza. Es también su alimento. Cuando oramos, alimentamos y enriquecemos con la acción del Espíritu nuestra esperanza. La esperanza cristiana lleva en su seno dos dimensiones que la constituyen: el deseo de Dios y de su reino y la confianza absoluta en el Señor. Ambas dimensiones son alimentadas por nuestra oración, cuando es verdadera. La oración realizada con seriedad y constancia hace crecer el deseo de Dios, de conocer y gustar mejor su misterio, de cumplir con fidelidad y con gozo el proyecto que tiene para nuestra vida. Cuanto más y mejor oramos, tanto más deseamos a Dios.

La oración consolida también nuestra confianza. Va venciendo dentro de nosotros la resistencia que sentimos a fiarnos del todo de Dios, a entregarle nuestro pasado para que lo purifique, nuestro presente para que lo clarifique, nuestro futuro para que lo pacifique. Nuestros pecados (la falta de sobriedad en nuestros gastos, las deficiencias en el control de nuestra sexualidad, las ansias de autoexhibición, etc.) delatan muchas veces un déficit de confianza en Dios, en Jesús, en su Espíritu. No confiamos en que él es la respuesta radical a nuestras necesidades y deseos y, por tanto, nos compensamos satisfaciéndonos indebidamente, jugamos a dos barajas, como los israelitas del Antiguo Testamento: Dios y los ídolos. No solo los ídolos, también Dios. Pero no solo Dios, también nuestros ídolos. No es ocioso que nos preguntemos cuáles son los ídolos de nuestra vida con los cuales «rellenamos» nuestro déficit de confianza en Dios.

Orar desde el amor

El mismo amor que nos conduce a servir, a ayudar, a perdonar, a aguantar, a pedir perdón, a edificar a los demás con nuestro testimonio... reclama de nosotros que oremos por ellos. Esto es verdad para toda oración cristiana.

El que ora y sirve, ese es el cristiano seguidor de Jesús. No el que solo ora, ni el que solo sirve. El fundador del psicoanálisis, no creyente, decía que las dos grandes tareas del hombre son *Lieben und arbeiten*, amar y trabajar. Es verdad. Pero los cristianos hemos de añadir otro componente transversal: amar orando y trabajar orando. Los psicólogos humanistas norteamericanos son más precisos y completos: para ellos las cuatro grandes dimensiones del hombre son *to love* (amar), *to work* (trabajar), *to play* (jugar, gozar), *to pray* (orar).